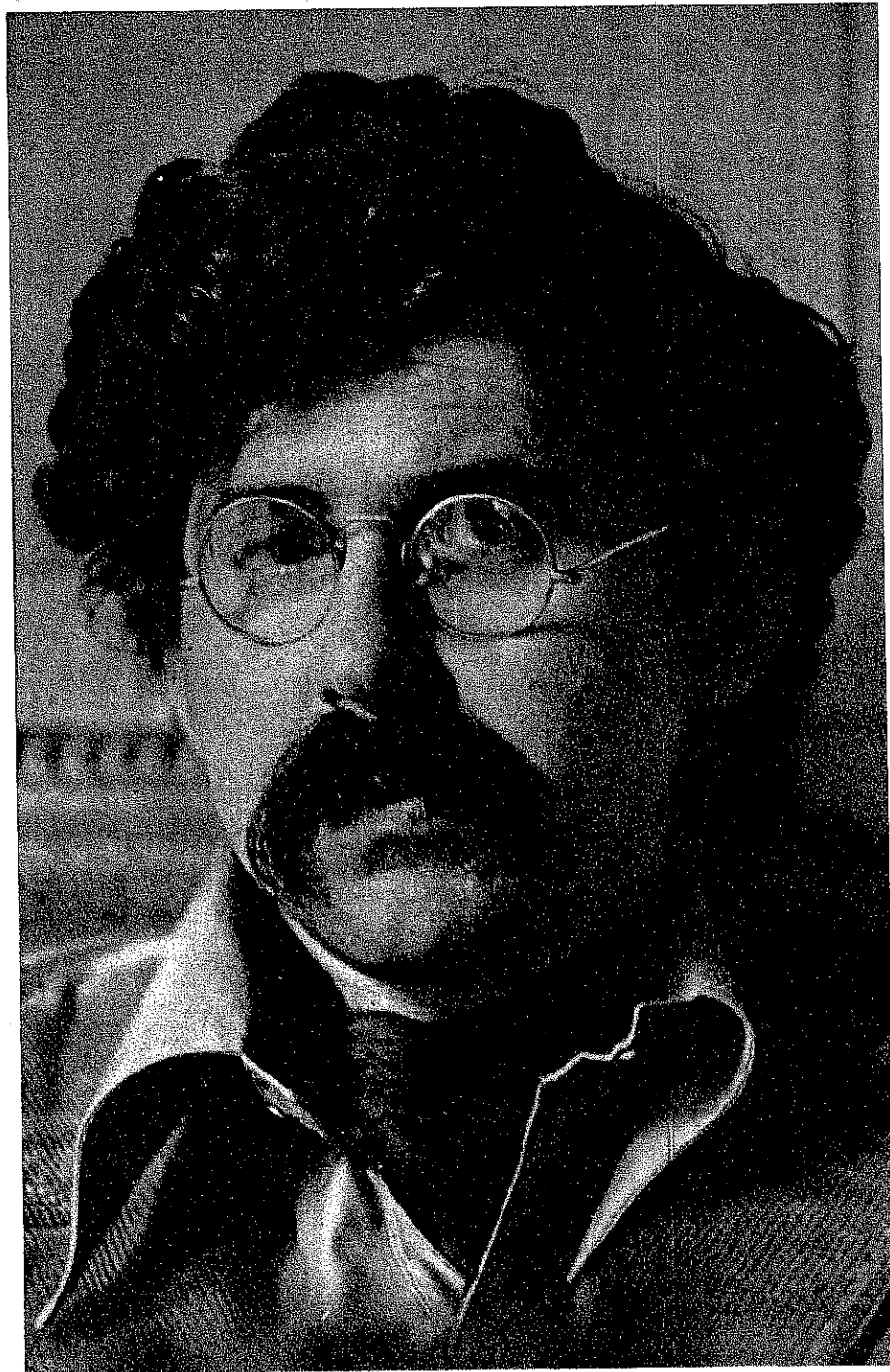


NOVELA: DE LIMA A BUENOS AIRES



Bryce Echenique: Ni odio ni ternura, las dos cosas al mismo tiempo.

Luego de ser, durante casi una década, la niña mimada de los comentaristas revisteriles la narrativa latinoamericana es, ahora, un producto, candente aún, al que se observa con desconfianza. La coartada es saludable, pero peligrosa; debido a ella, algunos textos aparecidos hace poco —*El mundo alucinante*, del cubano Reynaldo Arenas (Editorial Tiempo Contemporáneo), por ejemplo— han sido neutralizados. El sigilo alcanza también, con fuerza mayor, a *Un mundo para Julius* (Barral Editores, Barcelona, 591 páginas), primera novela de Alfredo Bryce Echenique, un fresco insolente sobre la alta burguesía peruana. Exceptuando dos o tres opiniones, *Un mundo* recalca en la Argentina en medio de una discutible indiferencia.

En Perú, en cambio, el éxito que obtiene es controvertido; para Manuel Scorza, autor de *Redoble por Rancas* (Editorial Planeta), es “un excelente libro”; la sección dominical de *Correo* le destinó, en julio, el primer lugar en su cartelera de *best sellers*, con una ventaja de ocho lugares sobre *Love Story*. En el mismo número, un redactor de la sección finge preguntar: “¿Será acaso imposible no advertir que Bryce ha escrito una de las críticas más demolidoras que jamás antes se hicieran de nuestra oligarquía?”

Otros, por el contrario, eligen, para invalidarlo, un argumento militante: no perdonan a Echenique su heráldica; la clase que, suponen, intenta vulnerar, es la misma que le otorga la palabra.

Demasiada ingenuidad por ambas partes; Echenique no busca denunciar absolutamente nada y el debate sobre las filiaciones ni merece ser tomado en cuenta. Queda entonces la novela; urge destacar que, pese a su zigzagueante arquitectura, es uno de los hechos más significativos de la nueva literatura iberoamericana.

Alfredo Bryce Echenique nace en Lima el 19 de febrero de 1939 y, desde el '64 fija su residencia en París; cauto y accesible, Echenique diagrama, en una lúcida entrevista concedida a PRIMERA PLANA, desde su discreto departamento en el N° 8 bis de la rue Aymot, los pasos que eslabonan, aparentemente sin sobresaltos, ambas fechas y la actualidad.

“Me educó —informa— en colegios privados norteamericanos, monjas y curas en primaria (Inmaculado Corazón y Santa María, donde cursa, también, el primer año del secundario), y luego en un internado inglés (el San Pablo, donde completa, hacia 1956, los cuatro años restantes), laico, aunque con sus curitas de visita y con profesores británicos que, según decían, provenían de Oxford y Cambridge, cosa que yo sigo poniendo en duda. Más tarde, entré a la Universidad Nacional de San Marcos porque el examen de ingreso a

ésta (más otras pruebas a rendir en el Instituto cultural peruano-británico) me permitiría viajar meses después a la Universidad de Cambridge."

La familia astilla sus planes con razones contundentes: "Nada de literatura ni tonterías que no producen sino borrachos y bohemios"; obediente, Bryce resigna el éxodo. "Y me quedé —ironiza— en San Marcos, donde dócilmente me soplé los siete años de Derecho que harían de mí un ilustre abogado de un Banco (mi padre y mi abuelo fueron presidentes, gerentes y directores de mil y un Bancos)."

—¿Qué más hacía en esa época, además de perder tiempo?

—Estudí Letras y un buen día, obtenido mi título y convencida mi familia de que tarde o temprano viviría a mi modo, obtuve una beca, 1964, y me vine a París con la intención de doctorarme en literatura. Anduve sacando Diplomas en La Sorbona (Literatura francesa clásica, 1965; contemporánea, 1966); después trabajé como profesor de español en un colegio privado, especie de liceo, hasta que, en 1969, entré a trabajar como lector de español en Nanterre, donde dicto cursos. Mientras tanto ya me había largado a escribir.

Hasta el momento Echenique lleva publicados dos libros: *Huerto cerrado* (Casa de las Américas, Cuba, 1968), serie de cuentos dispersos en antologías que, próximamente, reeditará Barral y *Un mundo para Julius*.

—¿Cómo era su familia.

—Soy una extraña mezcla de escocés y vasco y los críticos de mi país, conocedores de mis apellidos reclamarían furiosos si no empezara diciendo que pertenezco (o pertencí) a la alta burguesía peruana, o a lo que otros han llamado la oligarquía nacional. Esto, según muchos, ha influido notablemente en mi obra y no faltan quienes, muy maniqueístamente, la consideran autobiográfica.

—No es tan maniquea la afirmación; es imposible que alguien de afuera revele, tan detalladamente, ciertos ritos casi privados.

—Veamos un poco más de cerca las cosas. En efecto, nací y he vivido una buena parte de mi vida en medio de una familia en la cual siempre alguien había sido algo importante: Virrey, Presidente de la República y de directorios, Alcalde; pero, también ya hacía tiempo de esto y lo importante eran los recuerdos. Es decir que, en el fondo, creo que anduve metido en un núcleo bastante decadente en el cual, si bien se paseaban, aun muy campantes, uno que otro propietario de tierras, uno que otro presidente o gerente de Banco, o de alguna gran compañía o aristocrático club (mi abuelo, mi padre), se paseaban también, nada campantes, algún aterrizado empleaducho y hasta algún infeliz mendigo con el cual yo había

jugado de niño en algún balneario que ya siempre estaba pasado de moda. Económicamente, creo que encontré en mi familia a miembros pertenecientes a casi todas las clases sociales. Y a ninguna; porque todos andaban desadaptados por el eterno problema de los recuerdos.

Pero uno no se pasa la vida sentado y perteneciendo a una familia; traigo conmigo otro equipaje bastante pesado, fruto de los siete años que llevo en París, es decir, adquirido fuera de ese ámbito familiar que otros, al leer mi novela, pretenden hacerme odiar. Ni lo uno ni lo otro, sino que lo uno y lo otro; ni odio, ni ternura, las dos cosas; como en esos manjares agrídulces que son tan sabrosos pero cuyo exceso hace, desgraciadamente, tanto daño.

LITERATURA Y SOCIEDAD

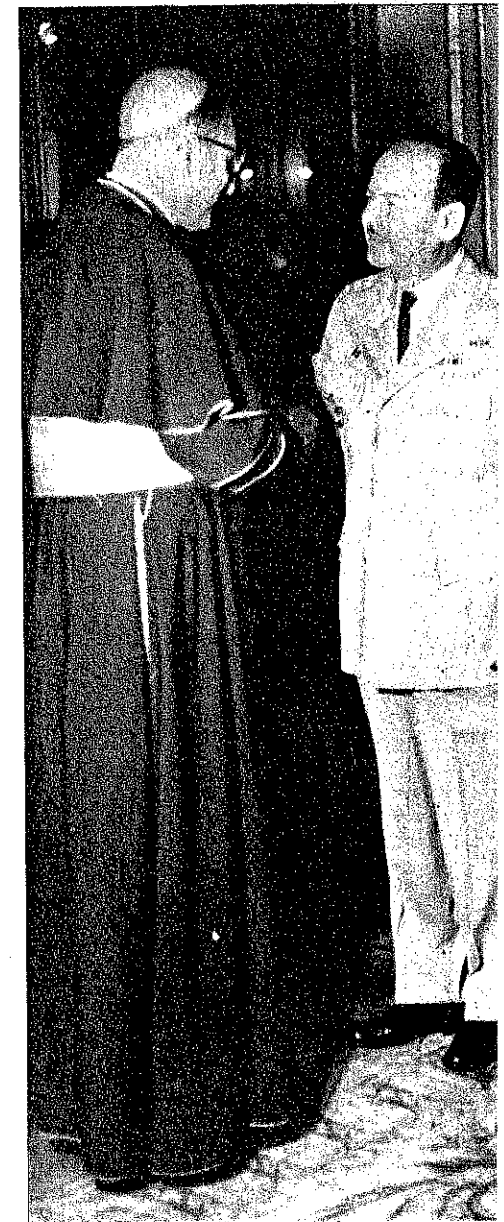
Lo culinario de la frase no niega esa síntesis de opuestos que postula Echenique; si *Un mundo para Julius* está lejos de ser una mera evocación nostálgica de la infancia, también lo está de los difundidos panfletos sociológico-literarios *for export*: es un torbellino de hechos abalanzados contra el lector, carentes de autopiedad, huérfanos de todo conceptualismo. "Esta es mi primera novela —acota—, y no sé qué mecanismos han logrado que la escriba y que resulte así. No creo que haya en ella otra concepción de la novela que no sea el contar y contar y creo que hubiera podido seguir contando indefinidamente. Me cansé, es lo que pasa. Es mi primera experiencia en este campo y, créame, no hay ningún plan, ninguna receta de cocina y lo peor es que me he encontrado con que los mecanismos son bastante complicados y, lo que es más, rarísimos. Lo que sí, este libro me ha permitido vislumbrar una manera de contar que, en forma muy general, tal vez sea la mía."

Esta maratón de sucesos, indeclinable, es una de las hazañas mayores de *Un mundo*; es, también, un corte radical con esa tendencia, enfermiza, que transforma a la novela en el tema de sí misma, un ventriloquismo aburrido y hermético que acaba en antropofagia. *Julius* es un texto que se despliega sin interrogar, expresamente, ese movimiento; la respuesta se da en el acto, toda reflexión estructural es diluida en él y por él cobra vida.

Concebida originalmente como un cuento de diez páginas, la fábula crece hasta arañar las seiscientas; la versión original centraba la historia en un infante sensible que juega con su hermana, una niña demasiado inteligente. "Sus padres —narra Echenique— los habían abandonado por completo; pero, al mismo tiempo, no toleraban verlos en manos de la servidumbre de la casa. No obstante, los niños llegaron a pen-



Vargas Llosa: Un antecedente.



Velasco: "Dicen que algo cambió".

sar y a sentir como los sirvientes. Un día, a escondidas de sus padres, que se lo habían prohibido, vaciaron sus alcancías y apostaron con la servidumbre a un caballo que tenía que ganar. Perdieron, por supuesto, porque el papá se vestía muy bien y, por consiguiente, siempre tenía razón."

Este tipo de asociaciones, con la que Echenique cierra la frase, es clave para comprender la totalidad de la obra; en un mundo de leyes rígidas que no debe dar cuenta a nadie de las mismas, la razón no se conquista: es una herencia indubitable, sanguínea. "En mi país —recalca ahora—, ha existido siempre una aristocracia terrateniente, heredera de la casta aristocrática que los conquistadores vinieron a crear en un nuevo mundo. Esta gente ha tenido siempre el sentimiento de pertenecer a una casta doblemente privilegiada por la sangre y por el rango, valores esenciales del sistema feudal tal como se concibió en la Europa del medievo. Pero éstas no son sino características psicológicas. Hay rezagos feudales tan sólo en la mentalidad de esta clase. Por lo demás, no creo en la existencia de ellos, en las estructuras económicas de mi país. Lo que caracterizó al feudalismo y, en última instancia, a cada feudo, es la autosuficiencia económica que tiende a desaparecer al derrumbarse la sociedad medieval. En cambio, entre nosotros, esta autosuficiencia nunca se dio y nuestra economía siempre ha dependido de un mercado exterior, de una metrópoli."

Dentro de esta escala de valores habita el verdadero padre de Julius, quien muere al comenzar la novela; amigo del Presidente Juanjo Sánchez Cerro, un general que derroca a Ismael Leguía, empecinado perseguidor de las huestes apristas (en la casa de Julius hay una vajilla de porcelana que el militar obsesiva una semana antes de que lo maten), el patriarca desfallece, consumido por el cáncer, en su antiguo palacio. No cae solo; lleva con él a un sistema fraguado por los modelos europeos, inscripto en el interior de la hegemonía británica que sucumbe hacia 1930. A partir de ese momento, la oligarquía limeña, mercantil y financiera, vuelve su mirada hacia los Estados Unidos. Juan Lucas, suerte de *playboy* de finos modales, liberal en religión, conservador en política, pasatista dedicado al golf y menesteres similares, irrumpe en escena; casa con la viuda, una seductora belleza de treinta y tres años, se arroga el derecho de educar a los hijos de aquélla en los Estados Unidos y trueca la casona solariega por una moderna y funcional.

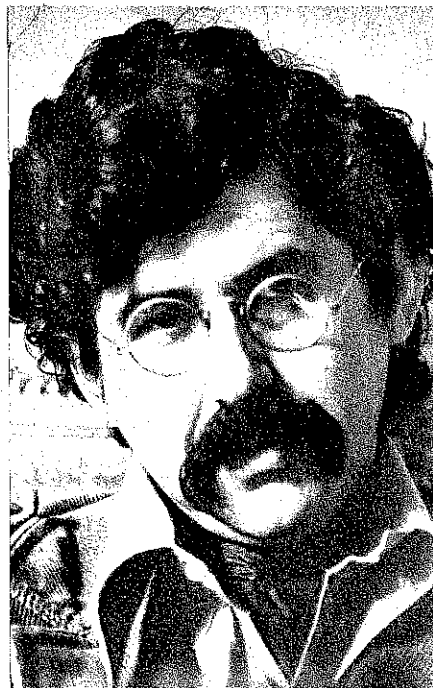
"Juan Lucas —define Echenique— es el representante de esa nueva burguesía intermediaria que juega su rol en los grandes negociados con que se entregó el país desde el Gobierno de Leguía al dominio del capital financiero

yanqui. Creo que Juan Lucas salva a la familia de la decadencia, le hace comprender que no sólo de apellido y rango vive el hombre."

Autoritario y orgulloso, Juan Lucas se convierte en el arquetipo de toda realización social; el mundo está hecho a su medida, es una proyección de sus humores y sus disgustos. Nunca duda, jamás se contradice; sabe qué color exige cada hora, qué bebida acompaña cada comida; los otros son, para él, una arcilla blanda a la que modela suavemente con el protocolo de sus gestos. Enfrentado a él, se humilla Juan Lastarria, tío de Julius, un arribista sin brillo, casado con una prima de Susan (la madre), beata horrible y millonaria. "Como él —sigue Echenique—, hay miles en Perú. Unos triunfan, otros no. Pero quien logra una fortuna (sea como sea), y él la logra en la novela, entra definitivamente al mundo de los Juan Lucas, por más ridícula que sea su presencia en él. «El dinero blanquea», se dice allá. Entrará para desesperación de los que, a diferencia de Juan Lucas, no comprendieron que había que cambiar, olvidar tanto apellido y rango y pactar con lo que venía al país, por más vulgar que fuera, con los bolsillos llenos. Lo mismo sucede con el arquitecto de moda (otra figura central de la novela); sólo algunos matices, carrera universitaria, el no haber pegado un braguetazo, lo diferencian de Lastarria. Es un poco menos ridículo y nada más."

LA HISTORIA REPETIDA

Pero sería erróneo sojuzgar la novela a las oscilaciones de estos procesos; ellos son la trama, no explicitada, que



Bryce Echenique: Espejo crítico.

BANCO RI

Más
220 corresponsales
en todo el mundo
se convierten en un Bar
Argentino con muchísimo
mundo bancario
Eso se ve reflejado
la agilidad y nitidez
de nuestro departamento
de "Exterior"
Utilice nuestros servicios
y tendrá sus intereses
defendidos en todo
mundo... por
argentinos

CAMPEON
DEL
"PESO MAXIMO"



encubre la vida de esos personajes; en ningún momento se los menciona, la política es una palabra maldita condenada a los despachos ejecutivos y las cámaras ministeriales. Proprietarios por esencia, la ejecutan pero no la discuten.

No hay, sin embargo, por parte de Echenique una actitud encubridora; a quemar los velos que nublan la cotidianidad de una clase, fárrago de actos inútiles, ceremoniosos y convencionales, surge, transparente, la ideología de la misma: ésa es la jugada maestra de *Un mundo para Julius*.

En una geografía que aglutina campos de golf y restaurantes de moda residencias y viajes de placer, estalla un conflicto milenario; actores de él son los amos y los esclavos. La presencia de los sirvientes corre pareja, a lo largo del libro, a la de los patronos: universo prohibido que fascina a Julius las dependencias de la servidumbre, su lenguaje inaccesible, son para el chico un imán, tras el cual acecha el castigo. Los actos que esa población dignifica con espontaneidad tienen, para él, un aura iniciática; la Lima señorial, reducto de la clase media y las zonas miserables, semejan los círculos dantescos: entra a ellos como a un laberinto su respuesta es la sorpresa, el temor, el vómito. Todo aprendizaje de la realidad le está vedado; cada vez que se

topa con ella su heredad vacila, debe transformarla en ficción para no sucumbir, apelar a la caridad para que tenga sentido, colorearla, con su infantil patriarcalismo, para reponerse.

Amos y esclavos, son los polos de una cuña fatal; los segundos remedan la mímica de los primeros; éstos, a su vez, generan una pantomima idéntica, repetida, que acaba transformada en paradigma, el que impone, incesante, un solo modelo. Así las criaturas que deambulan por *Un mundo...* carecen de toda singularidad: existen en tanto obedezcan ciertas leyes; la regla, en ellos suple toda necesidad de transgresión.

Juan Lucas es el nervio de este juego; su presencia es emblemática. "Los igualitos a Juan Lucas y Juan Lucas, hablaban de unos terrenos estupendos...", anuncia un pasaje; al sonarse la nariz con un pañuelo barato, Lastarria se avergüenza al recordar la elegancia con que Juan Lucas hace lo mismo, pero con uno de hilo; los muchachos se besan con "una Peggy"; las mujeres duplican, hasta la exasperación, los mohínes de Susan. Todo es uno y uno son todos: el saldo, una retahíla de estereotipos, pilares de un edificio macizo, el breviario de la seguridad.

No es casual, entonces, que el libro

levante su cuerpo cercado por dos construcciones significativas: la mansión de Juan Lucas y una iglesia. La casa es, entonces, un bastión ideal; *desocializada*, esa guarida otorga el espesor del paraíso, eterniza los rasgos sin conflicto de la infancia, impone una realidad autosuficiente, que no requiere confrontamiento alguno. Perforando las virtudes antisísmicas de su nuevo reino, Juan Lucas, "dijo que cuando hubiera terremoto, se asomaría por la ventana a ver la gente corriendo como loca; nosotros, como quien mira una procesión", traduce Julius.

Fortaleza sin vaivenes, la casa está fuera del tiempo; cuando algo se acepta como arquetipo inmutable, es necesario que se repita; por esta suavidad, cobra sentido; lo circular es, en *Un mundo...*, la cifra de la Historia: nada se realiza porque todo está hecho, la vida es sólo reminiscencia de un acto virtual, único y englobador. En definitiva, sólo un recuerdo que aparece bajo el espejismo de la invención; o —como medita Julius, arteramente, por boca de una vieja sirvienta—, "cuando somos pobres la historia se repite siempre, como en los periódicos que lee Nilda..."; fusión impecable de un dogma que otorga poder a unos y encadena a los otros.

Para consumir su texto, Echenique

apela a una voz que parece única, monócorde; una trampa, ciertamente, porque Julius burila un abanico polifacético de escrituras, en que se dan cita la almiarada vulgaridad del bolero, las muletillas poliglotas, y ese tropicalismo fantaseado que convierte a los iberoamericanos (en la escena de la banda de música, en este caso), en un talismán de magia selvática y lujuriosa, antesala del vicio.

Si la mirada que el libro tiende al lector es la de un desmoronamiento paulatino, sostenido por una moral paca, más operante cuanto menos cuestionada, el escepticismo de Echenique no ofrece, empero, paliativo alguno. El título. *Un mundo para Julius* es, unívocamente, la marca de una pérdida y un gesto que implora; con trece años cumplidos, al terminar la fábula, Julius es desterrado del predio de la infancia, lanzado al cisma de los "grandes", apretado entre dos nada que habrán de compulsarlo, tarde o temprano, a una elección: el ingreso a una comunidad inamovible o el destierro.

El autor, por su parte, ya ha zanjado esta diferencia; vive en París, alejado de todo círculo intelectual, frecuentando la amistad de dos hispanoamericanos que conoció en Europa y a los cuales admira: Julio Ramón Ribeyro y Mario Vargas Llosa. "Es que —reconoce—

nunca fui un escritor en el Perú y nunca pertenecí a ningún ambiente literario, ni siquiera sabía que existían. Por esa época, hasta el año '64, me interesó más la literatura norteamericana o europea que la nuestra. Recién aquí, descubrí la latinoamericana contemporánea, su inmenso valor y su importancia. La verdad, sigo prefiriendo a la gente que habla de cualquier cosa, menos de libros."

Tal pudor está lejos de ser inocente; él tamiza una incredulidad, nada agresiva, que se adivina ya en la inminente adolescencia de Julius. Exiliado por partida doble, geográfica y espiritualmente, es comprensible, quizá, la precaución con que Bryce Echenique merodea la situación actual de su tierra bajo el Gobierno de Juan Velasco Alvarado. "Con el actual Gobierno —murmura— algunas cosas han cambiado en cuanto a la importancia de la clase que describo. Digo «algunas», porque soy escéptico de nacimiento. Por ahí me dicen que es imposible hacer revoluciones con decretos y sin cortar cabezas. Pero, por ahí me dicen, también, que mi novela se puede ver como una especie de documento de lo que sucedió, existió, vivió *avant le deluge*. No sé qué decir. Desde luego he visto peruanos que han salido huyendo de allá, gritando que han sido desposeídos, aterrizados. Deben ser como los cu-

banos de Miami, algo así. Pero otros se han quedado, a lo mejor son como los «Juan Lucas» que captaron la novedad allá por el año '30. Yo siempre vi que una de las características de la alta burguesía peruana consistía en una gran facilidad para el cambio de piel. Veremos."

La desconfianza no logra, por supuesto, manchar una evidencia; *Un mundo para Julius* es, sin duda, el espejo crítico en el cual se desgaja una clase acunada por la elegía servil de unos y las imprecaciones lastimeras de otros. Aquí, es uno de sus hijos quien habla y asume su lenguaje para devastar su primacía; traidor y víctima, al mismo tiempo, la inmolación de Bryce Echenique es una respuesta a las expectativas que alacranean a su personaje. Pero, al igual que éste, su voz parece querer conjurar, secreta, tímidamente, las tierras de un mundo huido, sin contornos, sobre el que martillan los ecos de un pasado tentador, definitivamente abolido.